

Roberto Grandi

Los estudios culturales: entre texto y contexto, culturas e identidad

Extractado de GRANDI, Roberto. *Texto y contexto en los medios de comunicación*, Bosch, Barcelona, 1995

“El campo de los Estudios culturales está experimentando un boom internacional sin precedentes [...] En los Estados Unidos, donde dicho boom es especialmente fuerte, muchas instituciones académicas han creado oportunidades de realizar inversiones significativas en los Estudios culturales, a veces porque se ignora su historia, sus estudiosos, su relación con las disciplinas tradicionales y su actividad fuera de la academia”. Así comienza la introducción a la voluminosa colección de artículos (Grossberg, Nelson e Treichler, 1992:1) que vuelve a tomar en consideración muchas cosas que ya se habían dicho en la conferencia internacional «Cultural Studies Now and in the Future», en la Universidad de Illinois, en abril de 1990, en presencia de novecientos estudiosos, una cifra que legitimaba a nivel internacional una aproximación al estudio de la sociedad relativamente nueva.

A un boom de ese tipo le ha correspondido una amplia producción editorial que en parte se recorrerá en este capítulo. No sólo se va a tratar de los libros que se refieran investigaciones sobre aspectos específicos, sino también de revistas, direcciones y bibliografías propiamente dichas¹ que se centran en distintos aspectos del desarrollo histórico de los Estudios Culturales. Estamos ya en presencia de un corpus constituido por los discursos de los Estudios Culturales y por los discursos sobre los Estudios Culturales, producidos tanto desde el interior como desde el exterior. En estas páginas se explicarán únicamente los desarrollos más próximos a los temas centrales del libro, dedicando sin embargo una atención especial a no caer en el error de proponer reconstrucciones demasiado hagiográficas o conmemorativas, que no siempre evitan las reflexiones que proceden de los Estudios culturales.

En relación a las aproximaciones teóricas ilustradas en los capítulos precedentes, los Estudios culturales se caracterizan tanto por la presencia, en su mismo seno, de opciones diversas entre sí, que privilegian, por un lado, la investigación sobre el texto y, por otro, la investigación sobre el contexto del consumo, como por un debate sobre los modelos comunicativos que se sitúan en el paso del modelo semiótico-informacional y al modelo semiótico-textual.

Esta pluralidad de opciones presentes dentro de una misma aproximación teórica constituye, por así decirlo, la forma de la sustancia de los Estudios culturales: «discursos múltiples, historias numerosas y diferentes, un conjunto amplio de opciones, varios tipos de actividades, personas que tenían y tienen distintas trayectorias, un gran número de metodologías y de posiciones teóricas diferentes» (Hall 1992:278), que se han puesto en marcha a partir de los distintos significados atribuidos a la palabra cultura, definida por Raymond Williams como «una de las dos o tres palabras más complicadas de la lengua inglesa».

Con el fin de poder contextualizar mejor el uso que se hace de dicho término dentro de los *Estudio culturales*, quizás sea útil partir de las tres definiciones que el mismo Williams propone en su *Keywords* (1976:80): «un proceso general de desarrollo intelectual, espiritual y estético; un modo de vida particular, referido a un pueblo, un periodo o un grupo; los trabajos y las actividades intelectuales y artísticas».

En esta última definición se hace referencia a las actividades y a los textos cuya principal función es construir significados. Dicha definición ha sufrido un proceso de democratización, por así decirlo, dentro de los Estudios culturales, que ha llevado a incluir junto a los textos de la «cultura alta» también los de la «cultura baja», otorgando pleno derecho

de ciudadanía a los comics, las películas de serie B, la música pop, la soap opera, los vídeos musicales, en cuanto «textos culturales» que participan en la construcción de significados compartidos por una cultura.

En la segunda definición, el concepto de cultura, influenciado por las teorías antropológicas y por las investigaciones etnográficas, incluye en su seno actividades sociales que coinciden con muchas de las actividades, más o menos ritualizadas, de nuestra propia vida cotidiana y con modos de vida bien definidos como, por ejemplo, los de los grupos subculturales.

Si en esta última definición se habla de «culturas vivas» o de «actividades culturales», en la anterior se hace referencia a «actividades significantes», actividades que, en última instancia, se definen como actividades de interpretación, tomando prestado el vocabulario posestructuralista.

Es así como la «cultura popular», en todas sus expresiones, se ha convertido en objeto de análisis académico y de debate intelectual, pero arrastrando tras sí resistencias y ambigüedades que, como ha subrayado Paul Willis en *Common Culture* (1990), pueden marcar negativamente su futuro desarrollo.

La cultura, que para los Estudios Culturales hace referencia a las últimas dos definiciones recordadas anteriormente, se considera, pues, como el conjunto de las formas de la actividad humana que se manifiestan en el interior de todas las actividades sociales y en sus recíprocas relaciones. Pero antes de proponer cualquier tipo de definición de los Estudios culturales, sería conveniente precisar que se diferencian, desde el punto de vista de su metodología y de su estatuto disciplinar, de aquéllas disciplinas que tienen sus mismos objetos de investigación, porque adoptan un bricolage de metodologías propiamente dicho, que se inserta en una especie de estatuto antidisciplinar o de crítica permanente a las disciplinas académicas. Las metodologías adoptadas van desde las estrictamente textuales hasta las etnometodológicas, gracias a la incorporación, siempre parcial, de teorías de la crítica literaria, del neomarxismo, del psicoanálisis, del estructuralismo, del posmodernismo, del feminismo, de la antropología cultural, del poscolonialismo.

Lo que acomuna esta pluralidad de opciones teórico-metodológicas observada reiteradamente, que a veces entran en recíproca contradicción, es el hecho de preferir, en cuanto marco de sentido más amplio, la actividad de investigación, entendida como actividad crítica: el desarrollo teórico ha de ir acompañado de un compromiso a nivel de proyecto político. Esta convicción se alcanzó dentro de los Estudios culturales en los años setenta, mediante la apropiación de la categoría gramsciana del intelectual orgánico. Gramsci (1975; 1991), en su especulación sobre los intelectuales, elaborada durante los años que pasó en la cárcel, parte de la siguiente pregunta:

“¿Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente o bien cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales?” (Gramsci 1991:3).

Al responder a esta pregunta, Gramsci privilegia dos de las distintas formas en las que se han desarrollado históricamente las categorías de los intelectuales, la del intelectual orgánico y la del intelectual tradicional:

“Al haber nacido en el terreno original de una función social del mundo de la producción económica, cada grupo social crea, de modo conjunto, orgánicamente, uno o más agregados de intelectuales que le dan homogeneidad y lo hacen consciente de su propia función, no sólo en el campo económico sino también en el campo social y político. [...] Pero cada grupo social «esencial», al haber emergido en la historia desde su precedente estructura económica y en cuanto expresión de su desarrollo (de dicha estructura), ha encontrado, al menos por lo que se refiere a la historia que ha tenido lugar hasta este momento, categorías preexistentes y que además aparecían como representantes de una continuidad histórica que ni siquiera las más complicadas y radicales mutaciones de las formas sociales y políticas habían interrumpido” (Gramsci 1991:34). Para Gramsci, por tanto, las «categorías especializadas para

ejercer la función intelectual» se forman históricamente y “en conexión con todos los grupos sociales, pero especialmente en conexión con los grupos sociales más importantes y que padecen elaboraciones más extensas y complejas en conexión con el grupo social dominante. Una de las características más relevantes de cada grupo cuyo desarrollo tienda hacia el dominio y su lucha por la asimilación es la conquista «ideológica» de los intelectuales tradicionales; asimilación y conquista que serán tanto más rápidas y eficaces cuanto mejor elabore el grupo dado simultáneamente sus propios intelectuales orgánicos” (Gramsci 1991:7)

Siguiendo siempre a Gramsci, si se quisiera medir “la «organicidad» de los diversos estratos intelectuales” ya se podría realizar hoy día, en relación a dos “grandes «planos» superestructurales, el plano de la «sociedad civil», es decir, del conjunto de los organismos que comúnmente se denominan «privados» y el de la «sociedad política o Estado», y que corresponden a la función de ‘hegemonía’ que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y al «dominio directo» o de mando que se expresa en el Estado y en el gobierno «jurídico». Estas funciones son exactamente organizativas y conectivas” (Gramsci 1991:9).

Como recuerda Hall, en aquellos años se puso en marcha, dentro de los Estudios culturales, el intento de determinar una «actividad institucional capaz de producir un intelectual orgánico», aunque se desarrollara de forma paradójica, ya que se carecía de cualquier tipo de movimiento histórico respecto al que convertir a dicho intelectual en orgánico⁵: «Eramos intelectuales orgánicos sin ningún punto de referencia orgánico; intelectuales orgánicos dotados de nostalgia, voluntad o esperanza y que, en un momento dado, habríamos estado preparados para mantener aquel tipo de relación, con tal de que semejante coyuntura se hubiera concretado» (Hall 1992:281). Pero lo que caracteriza la apropiación de la categoría de Gramsci por parte de los Estudios culturales es el hecho de que pone de relieve los dos frentes con los que el intelectual orgánico se ha de comprometer simultáneamente: «Por un lado, teníamos que estar en las primeras filas del trabajo intelectual porque, como dice Gramsci, la tarea del intelectual orgánico es adquirir mayores conocimientos que los intelectuales tradicionales [...] pero el aspecto que resulta crucial es el segundo: el intelectual orgánico no puede quedar absuelto de la responsabilidad de comunicar esas ideas, ese conocimiento, a través de la función intelectual, a quien profesionalmente no pertenece a la clase intelectual» (Hall 1992:281). La competencia intelectual tiene que convertirse en la función de las luchas, de las clases subordinadas y de los movimientos históricos que las representan⁶.

Los Estudios culturales han de desarrollarse, pues, manteniendo en su propio seno esta permanente e irresoluble tensión entre demandas teóricas y políticas, acentuando la centralidad de la variable contextual, en cuanto garantía de la corrección del análisis, que ha de ser «descriptivo y contextual e históricamente determinado». El transplante, con frecuencia mecanicista, de categorías teóricas de un contexto a otro, se percibe de hecho con gran desconfianza en el seno de los Estudios culturales. Para expresar la enorme cautela que hay que tener en esta operación, en los años ochenta se actualizó otra categoría neogramsciana, la articulación: “El concepto de articulación es un ejemplo algo concreto, pero suficientemente abstracto y general como para que se pueda transferir a nuevos contextos en cualquier circunstancia en que se pueda demostrar su utilidad. Facilita un modo de describir la continua disjunción, el nuevo alineamiento y la combinación de discursos; grupos sociales, intereses políticos y estructuras de poder en una sociedad. También proporciona un modo de describir los procesos discursivos gracias a los que se forman y se dotan de sentido los objetos y las identidades” (Grossbert, Nelson y Treichler, 1992:8). Las relaciones entre las actividades sociales y las estructuras de poder, entre los textos, los grupos sociales y los contextos son inestables y su articulación implica que se asuma dicha inestabilidad como algo constituyente; hay que describir e interpretar sin cesar dicha relación porque cada término constituye una articulación del otro término. Las identidades se forman, pues, en virtud de procesos discursivos, entendidos como lugares de producción y representación de experiencias, es decir, aquellos lugares en los que los textos y los contextos se vuelven a articular en relación al

conjunto de las actividades sociales. En la sección 3.2.1.3 veremos que el hecho de haber inscrito el punto de vista semiótico en los análisis de los Estudios culturales, es precisamente lo que caracteriza este terreno como un lugar de enfrentamiento entre interpretaciones influenciadas de manera no determinista por las posiciones que ocupan los interpretantes individuales.

Tomando las debidas precauciones, que se pueden intuir fácilmente si se ha prestado atención a todo lo que se ha ido diciendo hasta ahora, Grossberg, Nelson y Treichler (1992:4) han propuesto su propia definición de los Estudios culturales, que me parece la más aceptable de todas cuantas se han elaborado hasta ahora:

“Los Estudios culturales son un campo interdisciplinar, transdisciplinar y a veces contradisciplinar, que actúa en medio de la tensión de sus mismas tendencias para acoger un concepto de cultura que sea amplio y antropológico y, a la vez, restringido y humanista. A diferencia de la antropología tradicional, se han desarrollado, sin embargo, a partir de los análisis de las sociedades industriales modernas. Están constituidos por metodologías declaradamente interpretativas y valorativas, pero a diferencia de lo que ocurre en el campo humanista tradicional, rechazan la coincidencia de la cultura con la alta cultura, sosteniendo que todas las formas de producción cultural necesitan un estudio que avance en relación con otras actividades culturales y con estructuras históricas y sociales. De ese modo, los Estudios culturales se han comprometido con el estudio del inventario completo de las artes, creencias e instituciones de la sociedad, al igual que de sus actividades culturales”

Pero para tener una idea más articulada de lo que son los Estudios culturales quizás sea más útil, en esta introducción, referir una lista tanto de las mayores categorías que se utilizan actualmente dentro de la investigación como de sus características más sobresalientes, con el fin de poder delimitar este campo de análisis.

“Las categorías más utilizadas en la actividad actual de los Estudios culturales son la historia de los Estudios culturales, el gender, la sexualidad, la nacionalidad y la identidad nacional, el colonialismo y el poscolonialismo, la raza y la etnicidad, la cultura popular y su audiencia, la ciencia y la ecología, las identidades políticas, la pedagogía, las políticas de la estética, las instituciones culturales, las políticas de la disciplina, el discurso y la textualidad, la historia y la cultura global en la edad posmoderna” (Grossberg, Nelson y Treichler 1992:1). Si se adopta una perspectiva diacrónica que se extienda por todo el arco del desarrollo de los Estudios culturales: “las historias de los movimientos populares, sobre todo de los que se afirmaron en Gran Bretaña en el siglo XIX, que se centran en las subculturas y en los «vacíos» de las historias oficiales; los estudios de Lacan sobre la subjetividad, principalmente sobre la construcción de la subjetividad femenina, en contextos particulares y a través de medios de comunicación de masas concretos; los estudios «etnográficos» de las subculturas en el seno de las sociedades urbanas contemporáneas, intentando analizar las interpretaciones que las mismas ponen en marcha a partir de sus experiencias culturales; los análisis de medios de comunicación específicos, como la televisión, con la intención de comprender la estructura de sus «lenguajes» y su relación con las ideologías; el análisis de formas textuales particulares -de la ficción popular a la videomúsica- con el fin de determinar sus características formales e ideológicas; los estudios de economía de los medios, inspirándose en las mayores tradiciones de la investigación inglesa de los años sesenta y setenta, con referencia a la producción de cultura de los medios y a la política cultural gubernativa; una combinación de análisis textual y estudios etnográficos sobre la audiencia, con el objetivo de definir de qué modo usa el medio la audiencia, principalmente televisiva; finalmente, la continua actividad de clarificación teórica del campo de estudios global” (Turner 1990:30).

Según Jenks (1993:157), quien recupera una propuesta de Agger (1992), las características pertinentes de los Estudios culturales son:

“1. Los Estudios culturales actúan utilizando un concepto extenso de cultura [...] Se adhieren al punto de vista antropológico de la cultura entendida como «el modo de vida

completo de un pueblo», a pesar de que no concuerden con el punto de vista que define la cultura en cuanto totalidad.

2. Los Estudios culturales legitiman, justifican, celebran y politizan todos los aspectos de la cultura popular. Consideran la cultura popular como algo dotado de valor de por sí y no en cuanto «fenómeno sombra» o puro vehículo de mistificación ideológica.

3. Quien actúa en el seno de los Estudios culturales reconoce la existencia de una socialización de su propia identidad, que se produce a través de los procesos de los medios de comunicación de masas y de la comunicación que se intenta comprender.

4. La cultura no se considera de modo estático, como se haría con cualquier otra cosa de tipo fijo o con un sistema cerrado. Los Estudios culturales miran a la cultura como a algo que emerge, que es dinámico, que se renueva constantemente. La cultura no es una serie de artefactos o de símbolos congelados, sino un proceso.

5. Los Estudios culturales se afirman apoyándose más en el conflicto que en el orden. Investigan y anticipan el conflicto, tanto a nivel de la interacción cara a cara como, y de modo tras significativo, a nivel del sentido. La cultura no se puede considerar como un principio unificador, ni como una fuente de comprensión compartida, ni tampoco como un mecanismo para legitimar los vínculos sociales.

6. Los Estudios culturales son «democráticamente» imperialistas. Si bien todos los aspectos de la vida social están ahora «culturalizados», ninguna parte de la vida social va más allá de sus intereses -la ópera, la moda, la violencia de las bandas, las conversaciones de bar, las películas de honor y así sucesivamente [...] ya no están colonizados, canonizados ni delimitados alrededor de un sistema central de significación.

7. Los Estudios culturales consideran las representaciones culturales a todos los niveles -el comienzo, la mediación y la recepción o la producción, la distribución o el consumo.

8. Los Estudios culturales son interdisciplinarios y no reconocen ningún tipo de origen disciplinar.

9. Los Estudios culturales rechazan los valores absolutos -hacen lo que quieren (y a veces se nota!)”.

Hoy día, por tanto, gracias a esta actividad de investigación, evidente aunque no carente de ambigüedad, que los Estudios culturales llevan a cabo en su mismo seno, utilizando los múltiples enfoques teóricos y metodológicos que se han señalado repetidamente, se comienza a aceptar la idea de que la cultura se define precisamente en las redes «periféricas» de la construcción de significados y de «placeres»: “una de las paradojas fundamentales de la vida social es que cuando nos sentimos más naturales, más «cotidianos», somos más «culturales»; cuando desempeñamos roles que parecen obvios y dados por descontado nos encontramos realizando roles construidos, aprendidos y que están lejos de constituir algo inevitable” (Willis 1979:184).

1. Una breve historia

Ya es una costumbre unánimemente aceptada situar la génesis de los Estudios culturales en el periodo de la posguerra británica y en el ámbito de lo que en las páginas siguientes vamos a llamar paradigma culturalista, sacudido a continuación por la irrupción del paradigma estructuralista, que se concretó en aquel «giro lingüístico» que enriqueció la reflexión británica con las aportaciones de los estudiosos estructuralistas y posestructuralistas de la Europa Continental.

Más tarde, los Estudios culturales desembarcaron en los Estados Unidos y allí han dado lugar a la fase actual de boom que, de modo curioso y paradójico, nos vuelve a proponer el pensamiento de estudiosos de nuestro continente incluso a los propios europeos.

Ante la actitud de suficiencia de muchos europeos frente a la producción en lengua inglesa que propone de nuevo nombres que ya habíamos consumido -y se pensaba y hasta quizás se esperaba que de modo definitivo- hace algunas décadas, contrapongo una lectura crítica de algunos momentos del desarrollo de los Estudios culturales. Le dejo decidir al lector si únicamente se trata de un fenómeno de recuperación cultural que está de moda o de una nueva interpretación y articulación de categorías teóricas que puede originar una producción de sentido significativa, incluso en nuestro ámbito de reflexión.

La atención diacrónica que se dedica a los Estudios culturales no puede sino detenerse, como se pondrá de manifiesto al leer las páginas siguientes, en las interrupciones, paradas y rupturas que constituyen su recorrido, hasta el punto de que el propio Stuart Hall ha identificado la metáfora del «trabajo teórico en cuanto interrupción» como la metáfora pertinente para explicar el desarrollo de los Estudios culturales..

1.1. El contexto de origen

Una descripción suficientemente completa y sintética de las raíces británicas de los Estudios culturales ha de tener en cuenta dos tipos de fenómenos: el panorama social, cultural y político de la Inglaterra a caballo entre la última guerra mundial y el influjo de la tradición de investigación definida Cultura y civilización.

Graeme Turner (1990:41-44) caracteriza como sigue los principales momentos del panorama británico que nos interesan en este lugar:

(i) La representación, marcada por los primeros años cincuenta, de una «nueva» Inglaterra caracterizada por: la recuperación de la producción industrial, la afirmación del Welfare State, la unidad de Occidente contra la Unión Soviética, la predicción de la desaparición de la clase obrera y la identificación de la modernidad con la americanización de la cultura popular; .

(ii) La recuperación, dentro de las ciencias sociales, de «un interés por la naturaleza de la cultura y por las comunidades obreras»;

(iii) La actividad del *Institute of Contemporary Arts* (ICA) de Londres, que abarcaba muchos aspectos de la cultura popular, incluidos los visuales, sobre todo los relativos a la influencia de la cultura popular estadounidense en la vida británica;

(iv) La actividad de la enseñanza para adultos que en los años treinta y cuarenta había implicado tanto a Richard Hoggart como a Raymond Williams. Este último, recordó reiteradamente el significado de la actividad de esas organizaciones obreras de autoeducación en el desarrollo de los Estudios culturales, ya que «a finales de los años cuarenta la gente hacía cursos de artes visuales, música, planificación territorial y naturaleza de la comunidad, naturaleza de los asentamientos, cine, prensa, publicidad, radio» (1989b). Según Martin Barker y Anne Beezer (1992), el resumen de Williams y de muchos otros biógrafos de los Estudios culturales sobre la educación para adultos de la posguerra peca, por un lado, de reduccionismo y, por el otro, de romanticismo.

El otro fenómeno que incidió en las raíces de los Estudios culturales fue la corriente de investigación denominada Cultura y civilización, que partía de la constatación de que los procesos de industrialización y de urbanización habían vuelto a definir la categoría de cultura.

A una sociedad que se caracteriza por una cultura entendida como algo común y compartido, que acompañaba a otra, adicional y detectada por quien tenía el poder, le ha sucedido una sociedad marcada por una cultura separada y propia de las clases ciudadanas subordinadas. Según Malthew Arnold y F. R. Leavis, esta última se convierte en un estándar hacia abajo, carece de valores éticos y morales y conduce hasta el extremo de la decadencia a las culturas comunales o folk más «orgánicas». Por un lado, realiza una visión mítica del pasado, caracterizado por la coherencia de una cultura común que se definía también como

«cultura real del pueblo»; por otra parte, emite un juicio más que severo sobre las consecuencias del proceso de industrialización, que había sustituido los ritmos rurales por aquellos otros «monótonos y mediocres» de las ciudades. Si la cultura, en cuanto organismo viviente, depositaria de los valores de la tradición, está amenazada por la civilización, entendida como un proceso de masificación y atomización de los individuos, el crítico ha de asumir, pues, el papel de defensor de la cultura común, explicando al pueblo los mecanismos de funcionamiento del proceso de industrialización. Por tanto, esta cultura común sólo se puede alcanzar en virtud de la intervención guía de una elite que realice una crítica literaria destinada a acercar las obras al público.

Como recuerda Tony Bennett (1981), no hay que extrañarse que aunque, a mitad de los años cincuenta, ésta fuera la única área intelectual en la que se realizaban estudios sobre la cultura popular, dichos estudios se resolvieran con frecuencia en resúmenes para confirmar las tesis sobre la inevitable decadencia cultural, fruto del proceso de comercialización de la cultura de masas, en vez de realizar resúmenes detallados de las actividades de cultura popular. Con frecuencia, se trataba de «discursos de los ‘cultos’ sobre la cultura de quien no poseía ‘cultura’» (Bennett 1981).

1.2. El paradigma «culturalista» de los pioneros: Richard Hoggart, Raymond Williams, E. P. Thompson

Los orígenes de los Estudios culturales se sitúan tradicionalmente en un triunvirato de estudiosos activos en el campo de las investigaciones literarias e históricas: Richard Hoggart, Raymond Williams y E. P. Thompson.

En esta fase, que Hall caracteriza como un período dominado por el paradigma culturalista, la investigación se concentra en el proceso de construcción de la cultura y se contrapone al interés por las condiciones que determinan dicha construcción, propio del paradigma estructuralista.

1.2.1. Richard Hoggart: The Uses of Literary

Hoggart y Williams tuvieron el mérito de dirigir sus métodos de crítica textual a la «lectura» de formas culturales «diferentes» de las literarias: la cultura popular se eleva a objeto de investigación científica.

El trabajo de Richard Hoggart, sobre todo *The Uses of Literary* (1958), una ruptura drástica con las investigaciones precedentes sobre la cultura, presentaba una cuidadosa aplicación de las técnicas analíticas de los estudios literarios a un amplio espectro de productos culturales -sobre todo música, periódicos diarios, revistas periódicas y ficción popular- con el fin de trazar las relaciones entre el lenguaje, los valores, la vida familiar y privada de la clase obrera británica y las instituciones de dicha clase, como los pub, las organizaciones obreras, las manifestaciones deportivas etc. En estas investigaciones, en las que ordenaba los acontecimientos para dar una forma narrativa a las conexiones entre vida privada e historia pública, Hoggart también adoptaba una mirada nostálgica en relación a una supuesta «cultura orgánica» definitivamente perdida, como consecuencia de la tendencia a ser asimilada por la cultura popular estadounidense, que se estaba difundiendo con enorme rapidez por toda Inglaterra.

En el prefacio a su *The Uses of Literary*, Hoggart aclara, de modo quizás un tanto snob, la «distancia literaria» adoptada para afrontar problemas sociológicos, utilizando la categoría de experiencia que a continuación pasará a ser relevante en el ámbito de los Estudios culturales:

“... este libro se basa en buena parte en experiencias personales y no pretende poseer el carácter científicamente experimentado de la investigación sociológica. [...] Hay incluso momentos en los que otros piensan de modo diferente a partir de experiencias semejantes a las mías”.

Con la publicación de esta investigación, Hoggart “influyó la «construcción de la agenda» de temas referidos al cambio cultural nacional y a la relación entre la educación, la clase social y las estructuras y las formas emergentes del entretenimiento popular” (Comer 1991:137), Pero, como recuerda Dick Hebdige (1987a), también acentuó la presencia, visible desde los años treinta -por ejemplo en las publicaciones de Evelyn Waugh o George Orwell- de un creciente rechazo hacia la arquitectura moderna, la publicidad, el plástico y el cliché, en cuanto imágenes de la «vida fácil» que amenazaba con ahogar la identidad cultural británica.

En 1964, Hoggart se convirtió en el primer director del *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) de la Universidad de Birmingham, el momento institucional estratégico de los Cultural Studies británicos.

1.2.2. Raymond Williams: cultura, sociedad, flujo, experiencia

La obra de Raymond Williams es mucho más extensa que la de Hoggart, tanto a nivel temporal como en términos cuantitativos.

En *Culture and Society* (1958) aborda las relaciones entre los textos y la sociedad y en *The Long Revolution* (1961) el impacto cultural de los medios: el tono que adopta es pesimista, pero de un pesimismo distinto al de Hoggart, ya que no se funda en un terreno estético, sino en el análisis de las instituciones culturales y de los productos de los medios.

A pesar de sus numerosas contradicciones internas, la publicación de estos dos ensayos fue un “acontecimiento preñado de consecuencias para la vida intelectual inglesa de la posguerra”, porque volvió a proponer el discurso y la exigencia de una cultura común, adoptando un punto de vista antropológico sobre la misma cultura. En efecto, a diferencia de cuanto pensaban Arnold y F. R. Leavis, Williams no considera la cultura común como un conjunto de valores que han de ser impuestos por una elite intelectual, sino como un concepto que asume en calidad de componente interno específico de la «cultura cotidiana de la gente ordinaria». Por tanto, hablar de cultura común significa afirmar que «aquella cultura comprende el modo de vida total de un pueblo» y que «la idea de un elemento común de la cultura -que constituye una comunidad- es un modo de criticar esa cultura dividida y fragmentada que tenemos hoy día (Williams 1989b:35 en Featherstone 1991:132)». En mi opinión, Williams no consigue huir, sin embargo, de la ilusión humanista según la cual la cultura individualista dominante se combate apelando a un concepto de cultura común capaz de acoger en su mismo seno la expresión de todas las diferentes experiencias.

Y así vuelve el discurso sobre la experiencia. La experiencia popular pertenecía a las comunidades campesinas transformadas en clase obrera; hoy día la experiencia se articula mediante la relación entre formaciones sociales, colectividades, individuos y modos de pensar: es el modo mediante el que el individuo da sentido a su relación con las instituciones, dentro de su propio modo de vida.

El papel central de la categoría de experiencia en los Estudios culturales nace, por tanto, de esa irrupción del sujeto que propone Williams.

Dado que no hay coincidencias comunes respecto a los marcos teóricos, ni categorías de universales que nos permitan comprender e interpretar tanto nuestra vida como la de los otros, la experiencia, en toda su intensa y diferenciada subjetividad, constituye la única medida de lo que tiene valor a la que podemos remitimos (Inglis 1993:52).

La actividad publicista de Williams prosiguió con *Communications* (1961), donde desplazó su propio interés por el contenido de los medios al análisis del rol de las instituciones, tarea que afrontó con una profunda investigación sobre los efectos de la publicidad, llegando incluso a proponer una clasificación de los tipos ideales de sistemas comunicativos: autoritario paternalista, comercial y democrático.

Contemporáneamente a la redacción de ensayos que desarrollaban sus intereses literarios, fue invitado a escribir un artículo mensual para comentar la programación televisiva en el periódico *The Listener*, hoy desaparecido. Esta actividad, que duró desde 1968 a 1972, le facilitó la ocasión de acercarse a la televisión, partiendo de sí mismo en cuanto espectador y, por tanto, de reflexionar sobre la experiencia del «ver la televisión»: una vez más, vuelve el concepto de experiencia.

Hacer recensiones televisivas le permitió a Williams - cito textualmente- tanto “recoger los pensamientos sobre ciertos tipos y formas de producción televisiva” como explorar “la integración de ese amplio y variado conjunto de programación televisiva en la atareada vida cotidiana, a la que hace referencia en sus formas Iris específicas” (Williams 1989b). Así pues, hacer recensiones significó “una oportunidad ideal para producir sentido a partir de una experiencia televisiva más general”, proporcionado a la investigación sobre los medios la ocasión de profundizar en el análisis de la experiencia del ver la televisión, implicaba “en muchos sentidos, insertar el término que faltaba, situado entre la comprensión de los temas institucionales y del contexto que circundaban la televisión y los métodos de análisis de films específicos o de textos dramáticos ya adquiridos” (Laing 1991:157).

Si bien es cierto que es importante distinguir entre una experiencia y la experiencia televisiva, es precisamente esta última la que nos lleva a entrar en el terreno de las cualidades intrínsecas del medio que subyacen a las diferencias sociales e históricas.

Williams publicó *Television: Technology of cultural Form* en 1974, en donde, entre otras cosas, corrigió mediante dos puntos calificativos cuanto había afirmado en *Communications*: “primero, rechaza las descripciones del desarrollo de las tecnologías y de sus efectos sociales facilitados por las investigaciones estadounidenses sobre comunicación de masas; segundo, en vez de centrarse sólo en el contenido de los programas televisivos, analiza también las estructuras tecnológicas del medio y las modalidades operativas que determinan las formas características de la televisión” (Tumer 1990:62).

Pero quizás la aportación más innovativa entre todas las de este texto, aunque la más criticada sucesivamente, al análisis de los medios se refiera a la elaboración del concepto de «flujo», en estrecha relación con el de «experiencia del ver la televisión» al que ya hemos aludido: “en tautos los sistemas desarrollados de radiodifusión, la organización característica, y por tanto la experiencia característica, es la de secuencia o flujo. Este fenómeno de un flujo programado es sin embargo quizá la característica que define a la radiodifusión, en cuanto tecnología y en cuanto forma cultural a la vez [...]; los gestores y, por tanto, los espectadores, planifican «una velada televisiva» de muchas formas como un flujo único [...]” (Williams 1974:139-144). Pero, como recuerda el mismo Williams, también es verdad que muchas de las características particulares del flujo se pueden localizar en los imperativos económicos de una sociedad particular, pero también es verdad que el «flujo» es algo más, «tan cierto que para muchos de nosotros es difícil apagar la televisión».

En *Marxism and Literature* (1977), Williams explica, por el contrario, su nueva relación con el marxismo. La lectura de Lucas, Goldman, Althusser y, sucesivamente, de Gramsci, lo había llevado a descubrir un enfoque marxista crítico, que se alejaba del irracionalismo economicista: la economía ya no se consideraba tanto un sistema de producción cuanto un sistema de conservación, que jugaba un papel dentro de la red de control propia del capitalismo occidental, junto con otros componentes.

En su relación con la investigación marxista se refleja también esta ambivalencia, sobre todo en opinión de Chris Jenks, en la concepción de la cultura a la que ya se ha aludido:

hay una ambivalencia entre su modo de elevar la cultura al estatus de problema central en el progreso hacia la democracia, una occidentalización apropiada para una crítica materialista y una descontextualización de la cultura a través de una hermenéutica en cierto modo idealista. La cultura no es especial, es mundana y forma parte de la vida cotidiana de cada uno; también se concibe como un proyecto, un cambio, una parte de una evolución humana necesaria y, sin embargo, sigue habiendo en su trabajo un fondo esencialista que tiende a despolitizar la misma idea de cultura y, en consecuencia, a destruir el pretendido radicalismo de su tesis. Williams es un marxista que considera la cultura de la clase obrera como una aportación a una «cultura común». No queda ninguna huella de los antagonismos de clase, anulados por un sentido comunitario que se superpone a la noción de contradicción (Jenks 1993 :93-94).

En cualquier caso, Williams no sólo se abrió y abrió la reflexión británica a las nuevas corrientes del marxismo, sino también a la semiótica, a la que entendía como un método de análisis textual, a la obra de Saussure -aunque fuera tachada de determinismo- y a investigaciones sobre influencias económicas de la cultura.

1.2.3. Edward Thompson: *The Making of the English Working Class*

Edward Thompson influyó profundamente los estudios de historia social británica con su libro *The Making of the English Working Class* (1963), así como las investigaciones sobre cultura popular y las subculturas realizadas en el ámbito de la sociología, la antropología y la etnografía.

Thompson desarrolló su teoría de la cultura en el seno de tradiciones marxistas y contrapone su propia definición de cultura a la de Williams -«un modo de vida completo»-: un antagonismo entre dos modos de vida, en el que la cultura popular se identificaba como cultura del pueblo.

Al volver a escribir la historia de esa cultura, con el fin de equilibrar de nuevo la representación ofrecida por las historias «oficiales», Thompson se detuvo especialmente en las primeras décadas del siglo XIX, cuando la clase obrera británica adquirió conciencia de sí misma

en la conciencia de una identidad de intereses en el seno de diversos grupos de la clase obrera y por oposición a los intereses de otras clases [...] mediante el crecimiento de formas correspondientes de organización política e industrial. A partir de 1832 se constituyeron instituciones de la clase obrera, conscientes y con una sólida base -sindicatos, sociedades de mutuo socorro, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, periódicos- tradiciones intelectuales obreras y una estructura obrera del sentir» (Thompson 1963:51).

Si bien la bibliografía sobre el desarrollo de los Estudios culturales ha tendido a subrayar las semejanzas entre los padres fundadores en detrimento de sus divergencias, sobre todo en relación a la noción de cultura, quizás sea más útil volver a leer estas últimas a partir del ejemplo de las tesis de Chris Jenks: el concepto de cultura de Hoggart es más bien pasivo, el de Williams es más bien voluntarista y dinámico, pero su radicalismo está frenado por una visión de la cultura total y global, mientras que, por el contrario, el concepto de cultura de Thompson rechaza cualquier tipo de “noción de una cultura común y subraya la autonomía, el desafío, el conflicto y, sobre todo, la lucha de clases”.

Aunque los historiadores de los Estudios culturales hayan hecho del triunvirato al que nos hemos referido reiteradamente los únicos antecedentes legítimos de los Estudios culturales, no me parece errónea la observación de Chris Jenks sobre otras tres posibles aportaciones que se presentan como candidatas a duplicar las precedentes.

La primera es la de George Orwell, con sus observaciones sobre la ficción popular y la identificación de la relación entre “el sentido de la ideología dominante, los análisis sobre la

ausencia de la clase obrera en la ficción del siglo XIX y el papel que les asigna a los medios en su 1984". La segunda es la del *Victorian «Center» for Contemporary Cultural Studies* de Londres y de obras como las de Charles Dickens y Henry James, con sus descripciones de espacios urbanos caracterizados por las voces inarticuladas de la clase obrera, guetizadas desde un punto de vista moral. Por último, dos aportaciones sociológicas estadounidenses: el estudio de 1943 de William Foote Whyte *Whyte Street Corner Society*, en el que la investigación sobre una banda ítalo-americana se valió de la observación participante, una metodología tomada en préstamo de la antropología y recuperada después por los Estudios culturales, y la Escuela de Chicago que, en el ámbito del enfoque interaccionista simbólico, aplicó la observación participante a la investigación de campo de toda una serie de actividades sociales cotidianas, que después se han convertido en objeto de investigación de los mismos Estudios culturales estos últimos años.

1.3. Los últimos veinticinco años: la irrupción estructuralista y mucho más aún

Stuart Hall, que ya había publicado *The Popular Arts* (1964), se convirtió en director del CCCS en 1969, manteniendo dicho puesto durante una década.

Su dirección favoreció la irrupción estructuralista en la actividad del Centro: los libros de Lévi-Strauss, Barthes, Althusser, Foucault, Lacan y Gramsci se convirtieron en una parte integrante del patrimonio teórico de los CCCS, como veremos más adelante. La irrupción del «estructuralismo» en el panorama intelectual británico y la incómoda presencia de la ideología que implicaba, puso en cuestión el paradigma «culturalista» de los Estudios culturales.

Graeme Turner (1990:31) resume del siguiente modo la contraposición entre «culturalistas» y «estructuralistas»:

Los «estructuralistas» consideraban la cultura como el primer objeto de estudio, abordándolo con frecuencia mediante el análisis de formas textuales representativas; las formas y las estructuras que producían significados culturales constituían el centro de su atención [...] los «culturalistas», y sobre todo los historiadores británicos, oponían una gran resistencia al estructuralismo, al que acusaban de concebir la fuerza de la ideología de un modo demasiado determinista y global [...] el «culturalismo» tenía un sentido más fuerte del poder de la acción humana contra la historia y la ideología; por eso, los «culturalistas» pensaban que se podría resistir a las fuerzas dominantes y que la historia se podría modificar mediante un esfuerzo radical individual [...] Allá donde el «estructuralismo» asumió una imagen netamente europea, incluso «extranjera», el «culturalismo» aparece como algo casero, una alternativa británica».

El CCCS, cuyo objetivo entonces era realizar actividades de investigación de posgrado en los departamentos de cine, mass media y estudios sobre la cultura y la comunicación de la Universidad de Birmingham, ha llevado a cabo una política cultural de gran interés y originalidad: estimular la publicación de las investigaciones de sus propios estudiantes, mostrar todas sus actividades, afiliar el mayor número posible de estudiosos, con el resultado casi obvio de detectar poco poder a nivel académico pero una gran autoridad en el plano de la investigación, hasta el punto de que el CCCS ha sido reconocido a veces como el «tercer paradigma» de los Estudios culturales.

La irrupción estructuralista llevó hasta el seno de los Estudios culturales no sólo las aportaciones más específicamente estructuralistas, sino también las posestructuralistas o semióticas (véase el apartado 3.2.1), que dieron lugar a aquel «giro lingüístico» que introdujo en el Centro problemas de textualidad y significación, representación y resistencia. Sobre todo:

La centralidad del lenguaje y de la metáfora lingüística en cualquier tipo de estudio sobre la cultura; la expansión de la noción de texto y de textualidad, bien entendida como fuente de significado o como algo que huye y pospone el sentido; el reconocimiento de la heterogeneidad y de la multiplicidad de los

significados y de la lucha contra los límites arbitrarios de la infinita semiosis que va más allá del significado, el conocimiento de la textualidad y del poder cultural, de la nítida representación como lugar de poder y de reglamentación, de lo simbólico en cuanto fuente de identidad [...] Hay siempre algo que está descentrado en relación con el medio de la cultura, en relación con el lenguaje, la textualidad y la significación, que huye y se evade del intento de conjunción, directa e inmediata, con otras estructuras. Y, sin embargo, al mismo tiempo, en la sombra, la huella, el rastro de aquellas otras formaciones, de la intertextualidad de los textos en sus posiciones institucionales, de los textos en cuanto fuentes de poder, de la textualidad en cuanto lugar de representación y de resistencia, todos estos temas no pueden ser borrados por los Estudios culturales [...] Nos preguntamos si hemos de presuponer que la cultura actúa siempre mediante su misma textualidad -y, a la vez, que la textualidad no es nunca suficiente. ¿Pero suficiente en qué, para qué? Se trata de una pregunta a la que es muy difícil responder porque, desde un punto de vista filosófico, ha sido siempre imposible en el campo teórico de los Estudios culturales -tanto si se ha pensado en términos de textos, de contextos, de intertextualidad o de las formaciones históricas en el seno de las que se cobijan las prácticas sociales- alcanzar algo que se pueda considerar como un resumen adecuado de las relaciones y de los efectos de la cultura (Hall 1982:283-84).

1.3.1. El feminismo y el tema de la raza

En la historia de los Estudios culturales, constituida sobre todo por interrupciones, vale la pena recordar otras dos rupturas que se han insertado dentro de las tensiones teóricas originadas por el «giro lingüístico»: el feminismo y el tema de la raza.

El feminismo (*Women's Studies Group* 1978) penetró en el campo de los Estudios culturales como una potente llave maestra capaz de hacer saltar todos los equilibrios precedentes: se colocan en el centro de interés temas que se consideraban marginales, se ponen en cuestión metodologías bien rodadas, se someten a una fuerte réplica tanto la misma modalidad de considerar la relación entre teoría y práctica crítica como la gestión del Centro. La intervención del feminismo dio lugar, tras no pocos contrastes con el poder establecido masculino del Centro, a una reorganización del campo de la investigación identificado por Stuart Hall (1992:282) al menos bajo cinco aspectos. La afirmación de la politización del personal, que «modificó los objetos de estudio e innovó radicalmente la teoría y la práctica de la investigación». La expansión del concepto de poder, desarrollado hasta entonces en el ámbito de lo público y central en el discurso sobre la hegemonía, que ya no pudo ser tratado del mismo modo. «La centralidad del gender y de la sexualidad en la comprensión del poder». La apertura de «muchas de las discusiones en torno a la peligrosa área de la subjetividad y del sujeto, que se creía que habían sido abolidas. La apertura de nuevo de la frontera entre teoría social y teoría de lo inconsciente -el psicoanálisis- que hasta entonces había estado cerrada.

El tema de la raza determinó otra profunda ruptura: por lo que se ha ido afirmando hasta aquí, parece evidente el eurocentrismo, por no decir la britanidad, del contexto de origen de los Estudios culturales, bien implantado sobre raíces que se remontaban, por una parte, a la crítica literaria inglesa y, por otra, al estudio de la historia de Inglaterra. Otros temas penetraron en el terreno de investigación de los Cultural Studies con mayor esfuerzo aún que el requerido por el feminismo: no sólo se consideró el tema del racismo desde un punto de vista general, sino también las intervenciones de la actividad crítica sobre la politización de la cuestión racial y los intentos de volver a escribir la historia (por ejemplo, *The Empire Strikes Back*), a través del desplazamiento radical del punto de vista que se teorizaba y practicaba en las investigaciones poscoloniales.

1.3.2. La internacionalización y el boom: los riesgos

La internacionalización de los Estudios culturales, es decir, su exportación a los Estados Unidos y, sucesivamente, a Australia, aceleró la aparición de contradicciones en el seno de los

CCCS15, vaciando progresivamente el papel impulsor que detectaba, poniendo en marcha la multiplicidad y la diversificación de los momentos institucionales de producción de investigación, que constituyen el aspecto más evidente de ese fenómeno contradictorio representado por el actual boom internacional de los Estudios culturales.

Hay quienes, como Hanno Hardt, intentan explicar el boom estadounidense volviendo a leer la historia de las distintas tradiciones que han convivido en las ciencias sociales de aquel país; otros, sobre todo en el seno de los Estudios culturales, prefieren detenerse en las consecuencias que dicho boom puede tener sobre el futuro de los Estudios culturales, respecto al que manifiestan su gran preocupación.

En un artículo largo y documentado, con un título autoexplicativo, “The return of the Critical and the Challenge of Radical Dissent: Critical Theory, Cultural Studies and American Mass Communication Research” (1989:558-600), Hanno Hardt sostiene que el éxito relativamente reciente obtenido por los Estudios culturales británicos en los Estados Unidos se debe sobre todo a la persistencia, más allá del océano de un «enfoque cultural», respecto a los problemas de la comunicación y de los medios, que se puede remontar al desarrollo del pragmatismo, aunque no siempre haya sido visible.

En efecto, los Estudios culturales británicos han sido acogidos con simpatía por los

investigadores críticos estadounidenses, ya proponían un punto de unión entre la práctica política y la elaboración teórica en el seno de la esfera pública [...] su aparición en la escena académica estadounidense ha agudizado el tema de las fronteras interdisciplinarias y de la compartimentación del conocimiento [...] su proceso de contextualización y la localización de los problemas en los procesos culturales, sobre todo entre fenómenos culturales, políticos y económicos, volvía a dotar de complejidad teórica y poder descriptivo a los análisis de la comunicación y de la actividad de los mass media (Hardt 1989:588-589).

Si extendemos el punto de vista a la elaboración más global de los Estudios culturales en vez de limitarnos a los temas más inmediatamente comunicativos, hay que confrontar lo que ya se presenta como dos diferentes tradiciones, británica y estadounidense. El debate actual se concentra en la relación entre ambas tradiciones.

Teniendo en cuenta los esfuerzos realizados en Birmingham para hacer crecer el CCCS, en cuanto momento organizado de promoción de la investigación, nadie se opone en principio a la rápida profesionalización e institucionalización de los Estudios culturales que se lleva a cabo en los Estados Unidos, pero muchos recuerdan que ponerse a salvo de los riesgos que implica un proceso de ese tipo constituye un rasgo distintivo de la tradición británica de los Estudios culturales.

Quiero que sepáis que pienso que la explosión de los Cultural Studies y de las otras formas de teoría crítica en el ámbito académico representan un momento de peligro extraordinariamente profundo. ¿Por qué? Sería excesivamente vulgar hablar de cosas como la gran cantidad de trabajos que hay, la cantidad de dinero que circula y de cuánta presión se ejerce sobre la gente para conseguir que realice lo que se considera como una actividad de crítica política y una actividad intelectual de tipo crítico [...] me maravillo en relación a lo que he denominado la desenvoltura y la fluidez teórica de los Estudios culturales en los Estados Unidos (Hall 1982:285-86).

Muchos estudiosos estadounidenses están de acuerdo en que no se trata tanto de exorcizar los peligros inherentes a la institucionalización de los Estudios culturales en sí mismos, como de preguntarse por las fronteras de los Estudios culturales: ¿quién puede delinear las fronteras y el terreno que delimitarán dichas fronteras?

Si bien no todos los estudios de la cultura y de la política pertenecen necesariamente a los Estudios culturales, la gente necesita decidir entonces qué importa si se adopta el término Estudios culturales para describir su propia actividad. Demasiada gente le pone nombre a lo que está haciendo simplemente para aprovecharse del boom de los Estudios culturales (Grossberg, Nelson, Treichler 1992:10).

Para esclarecer mejor el tipo de peligro que implica hoy día el diluvio propiamente dicho de cursos, congresos, publicaciones que se autodefinen como internas a los Estudios culturales y que han invadido los campus de las universidades estadounidenses quizás sea útil dejar hablar, una vez más, a Stuart Hall, sobre todo a través de las palabras que pronunció en su intervención autobiográfica realizada en la Universidad de Illinois donde, y no es por casualidad, se sancionaba el boom estadounidense de los Estudios culturales. Ni tampoco es causal que Stuart Hall se haya referido en su propia intervención a otro «diluvio» que también se había producido en Estados Unidos algunos años antes: el deconstruccionismo, en relación a los estudios literarios. Hall distingue entre el «giro» deconstructivista y el «diluvio» deconstructivista: en el primer caso se originaron consecuencias importantes para la actividad teórica e intelectual de los Estudios culturales; en el segundo caso se trató sólo de “mera repetición, de una especie de imitación o de ventrilocuismo deconstructivista, que a veces se hacía pasar por un serio ejercicio intelectual”. Y en aquel momento, Hall temía, a consecuencia de una posible institucionalización equivalente de los Estudios culturales, que se formalizara la exclusión de las cuestiones del poder, de la historia y de la política. Pero, paradójicamente, hoy día los temores proceden en sentido opuesto: la «desenvoltura y la fluidez teórica» actual de los Estudios culturales estadounidenses es, en efecto, un fenómeno diferente del «diluvio deconstruccionista» e implica riesgos muy distintos.

Ahora, no hay ningún momento en los Estudios culturales estadounidenses en el que nosotros no seamos capaces de teorizar, de modo extensivo y sin fin, sobre el poder, la política, la raza, la clase, el gender, el sometimiento, el dominio, la exclusión, la marginalidad, la alteridad, etc. Y, sin embargo, persiste la molesta duda de que esta opresiva textualización de sus mismos discursos que realizan los Estudios culturales, pueda llegar a establecer el poder y la política exclusivamente en cuanto materias de discurso y de textualidad [...] hay modos de establecer el poder como un significante que fluctúa con ligereza y que priva completamente de significado el crudo ejercicio y las conexiones del poder y de la cultura. Esto es lo que defino como el momento de peligro de la institucionalización de los Estudios culturales, en medio de este mundo profesional de la vida académica estadounidense, altamente viciado, enormemente elaborado y bien financiado (Hall 1982:286).

Inevitablemente, se vuelve así a la marca distintiva de los Estudios culturales y a la tradición de los últimos veinticinco años; dicho de otro modo, todavía recurrente, a la relación entre trabajo intelectual y actividad académica, entre teoría y política, entre textualidad y cultura. Aunque las superposiciones entre trabajo intelectual y actividad académica sean muy grandes, aún no son equivalentes si se considera que una «actividad cultural y una crítica genuina» han de originar un trabajo político del intelectual orgánico que no se pueda confinar al ámbito académico.

Así pues, la teoría se presenta en su nexa con la política como «un conjunto de conocimientos coyunturales, contextualizados y localizados, que se han de discutir de modo dialógico, como si se tratara de una actividad que siempre piensa en su intervención en un mundo en el que dicha intervención crea una cierta diferencia, en el que determina un cierto efecto. En definitiva, una actividad que comprenda la necesidad de modestia intelectual».

Por último, aunque no sea posible resolver la tensión entre textualidad y actividades culturales, desde el momento en que no se consigue facilitar ningún tipo de

resumen teórico adecuado de las relaciones y de los efectos de la cultura, aún me siento capaz de insistir en sostener que, al menos hasta que los Estudios culturales no aprendan a vivir con esta tensión -una tensión de la que tienen que apropiarse todas las prácticas textuales- una tensión que Said describe como el estudio del texto en sus relaciones con las instituciones, los despachos, las representaciones, las clases, las academias, las empresas, las profesiones y los partidos ideológicamente definidos, las naciones, las razas y los gender habrán renunciado a su vocación internacional (Hall 1982:283-84).